

EL CONFINAMIENTO DE LOS VALORES

Queridos diocesanos:

En las últimas semanas, son muchos los que se han echado las manos a la cabeza al comprobar la irresponsabilidad con que grupos numerosos de personas, especialmente jóvenes, saltándose a la torera las medidas sanitarias preventivas, se han dedicado al botellón, a las fiestas incontroladas y a otras actividades de riesgo para la salud personal y colectiva. En vez de confinarse ellos, han confinado algunos de los valores más elevados.

Las normas que se están aplicando para el distanciamiento social y la disminución de contactos son ciertamente duras y difíciles de cumplir, pero tienen un motivo fundamental: la protección de la salud personal y comunitaria, un bien común de primer orden. Sin embargo, su efectividad, en muchos casos, está siendo escasa, ¿a qué se debe? Podría aludirse a la necesidad del trato social propia de nuestra naturaleza, pero me temo que la razón de estos comportamientos está sobre todo en la búsqueda de la evasión y la diversión.

Las situaciones de una dificultad especial como la que estamos atravesando suelen ser propicias para medir el nivel moral de las personas y de la sociedad. Me atrevo a decir que, en estos irresponsables, hay sin duda una ceguera moral que los incapacita para percibir este valor o sencillamente hay un vicio de fondo que paraliza su voluntad a la hora de actuar éticamente.

Lo curioso es que muchos de los que las incumplen son jóvenes que se encuentran insertos en procesos formativos en institutos, universidades... Definitivamente, algo importante está fallando en nuestro sistema educativo que hace necesaria una reforma seria, valiente y dialogada. En este sentido, debería tomarse muy en serio la apuesta del Papa Francisco a favor de un pacto global por la educación. Lo curioso es que nuestros dirigentes políticos, después de dar la bienvenida a la iniciativa, están a punto de consumir una reforma educativa – la LOMLOE- ideológica e impuesta. Ideológica porque está repleta de prejuicios contra la iniciativa privada, contra la libertad de los padres a la hora de elegir la educación que desean para sus hijos, contra el valor de la clase de religión... Impuesta, porque se está tramitando sin dialogar con todos los agentes protagonistas del proceso educativo.

Pero no solo eso, al ignorar la propuesta de los obispos españoles de una educación en valores comunes, abordados desde la perspectiva filosófica, ética y religiosa, nuestros gobernantes están obviando la perentoria necesidad de fortalecer el músculo moral que nuestra sociedad tiene. Y, al menospreciar la asignatura de religión quitándole valor académico, dejándola sin alternativa y relegándola a horarios intempestivos, están tapando con piedras la principal fuente del sentido de la vida que ha regado las raíces de nuestro pueblo y de nuestra cultura.

Visto lo visto, me pregunto: ¿acaso la irresponsabilidad está solo del lado de los que practican el botellón? Que Dios nos ayude a encontrar soluciones educativas en la que todos nos impliquemos: la familia, la Iglesia, el Estado, el mundo de la cultura... Sólo así conseguiremos el crecimiento integral de las personas y una sociedad más fraterna, solidaria, justa, pacífica y próspera.

Recibid mi bendición.

+ Jesús, Obispo de Astorga